

La Biblia y la ciencia se dan la mano

LUIS MARÍA GUERRA

Resumen

La ciencia bíblica, para evitar el riesgo de quedar reducida a una lectura literalista o bien meramente simbólica de la Escritura, trata de analizar el texto bíblico conjugando la historia con la teología. Se pregunta, así pues, qué hay de historia y qué hay de envoltura teológica, buscando responder a la significación del texto desde la crítica de la forma (los géneros literarios) y la crítica de la redacción (la evolución literaria del escrito). Aporta, de ese modo, una rica contribución a la recíproca interacción entre ciencia y fe, como pone de manifiesto el análisis de dos pasajes bíblicos en este artículo: el diluvio universal y la estrella de los magos de Oriente.

Palabras clave

Historia, teología, diluvio, estrella de Oriente.

Abstract

Biblical science, in order not to be reduced to a literalist or merely symbolic reading of Scripture, is proposed to analyze the biblical text by combining history with theology. Therefore, it has to discern how far history and theological envelopment go, while seeking to respond to the significance of the text from the criticism of the form (literary genres) and textual criticism (literary evolution). Thus, it makes a rich contribution to the reciprocal interaction between science and faith, as evidenced by the analysis of two biblical passages in the present article: the universal flood and the star of the wise men.

Keywords

History, theology, flood, wise men star.

Ya hace bastantes años que para analizar un texto bíblico se utiliza uno de los métodos más significativos: el método historio-crítico. El método histórico-crítico trata de responder a la significación del texto desde la crítica de la forma (los géneros literarios) y la crítica de la redacción (la evolución literaria del escrito). Hemos pasado a posteriori de la lectura literalista a una lectura simplemente teológica. Es decir, pasamos de una lectura fundamentalista a una lectura simplemente simbólica. Ahora la ciencia bíblica es más prudente y trata de analizar el texto conjugando la historia con la teología. ¿Qué hay de historia y qué hay de claves y envoltura teológica? Les invito a comentar dos pasajes bíblicos, uno tomado del A.T. y otro del N.T. El del AT es el diluvio universal y el del N.T., la estrella de los Magos de Oriente.

Vestigios del diluvio bíblico

Cuando oímos nombrar el diluvio pensamos inmediatamente en la Biblia y en el arca de Noé. En los pueblos de todas las razas existen diversas tradiciones de una gran catástrofe de esta índole. Los griegos, por ejemplo, relataban la leyenda de la inundación del Deucalión; mucho antes de Colón existió entre los aborígenes del continente americano el recuerdo de una gran inundación; también, en Australia, en la India, en Polinesia, en el Tíbet, en Cachemira, así como entre los lituanos. ¿Es que todo eso no es más que una inmensa y coincidente fantasía, un cuento, una leyenda, es decir, un relato producto de la imaginación? Lo más probable es que unas y otras no sean otra cosa que el reflejo de una misma catástrofe universal. Los geólogos creen poder descifrar el enigma de aquel remoto acontecimiento mediante su ciencia, teniendo en cuenta la existencia de épocas de gran calor entre otras intermedias glaciares. Cuatro veces subió el nivel de los mares al fundirse lentamente la coraza de hielo, de varios miles de metros de espesor en algunos sitios que cubrían los continentes. Las masas líquidas, nuevamente puestas en libertad, cambiaron el aspecto del paisaje, inundaron las costas bajas junto a los mares y los valles, destruyendo a los hombres, a los animales y al mundo vegetal.

Solo por pura casualidad, es decir, por medio de unas excavaciones practicadas con finalidades muy distintas, se le ofreció al investigador la prueba palpable de la existencia del diluvio. Y esto sucedió en un lugar que ya conocemos: ¡en las excavaciones practicadas en Ur!

Durante seis años los arqueólogos americanos e ingleses habían explorado las tierras de Tell-al-Muqayyar, las cuales, entre tanto, daban la sensación

de una inmensa obra de construcción. La actividad, la perseverancia, el cuidado, los desvelos desplegados en la excavación habían procurado un botín considerable. Los templos sumerios con sus almacenes, sus talleres y sus tribunales, las casas de los ciudadanos constituyeron desde 1926 a 1928 hallazgos de tal importancia.

Tales eran las tumbas reales de Ur, con cuyo nombre Woolley había designado, en la euforia de sus descubrimientos, los sepulcros de notables sumerios. Las cámaras sepulcrales de piedra parecían verdaderas cámaras de un tesoro, pues estaban completamente llenas de todo lo que de valor en otro tiempo poseía Ur. Copas y tazas de oro; cántaros y vasos de forma maravillosa; objetos de bronce; mosaicos de mármol en relieve; obras de lapislázuli y de plata rodeaban a los cadáveres reducidos a polvo. Arpas y liras estaban apoyadas en los muros. Un hombre joven «héroe del país de Dios», según dice de él una leyenda, lleva un yelmo de oro. Un peine de oro adornado con flores formadas con piedras de lapislázuli adorna el cabello de la bella sumeria Puabi... Cosas tan bellas no las hubo ni en la célebre cámara nupcial de Tutankamon. ¡Y las tumbas reales de Ur son 1000 años más antiguas que aquellas!

Pero, junto a estas preciosidades, las tumbas reales ofrecieron una visión terrible y siniestra para la sensibilidad de los hombres de nuestra época que se enfrentaron a ellas con un ligero escalofrío. En el interior de las cámaras sepulcrales pudieron comprobar la presencia de auténticas yuntas. Los esqueletos de los animales de tiro estaban aún unidos a los carros llenos de artísticos utensilios domésticos. ¡Era evidente que todo el séquito funeral había seguido a los magnates en el camino de la muerte, según daban a entender los esqueletos vestidos de fiesta y cargados de adornos que les rodeaban! Veinte eran los cadáveres que contenía la tumba de Puabi. En otras aparecieron más de setenta. ¿Cuál fue la tragedia ocurrida un día en estas tumbas? No había el menor rastro que demostrara que los hombres sufriesen muerte violenta. Los respectivos séquitos parecen haber seguido a sus difuntos soberanos en caravana festiva, con los bueyes uncidos a los carros portadores de los tesoros del difunto. Y mientras se cerraba la tumba por fuera, ellos oraban seguramente en su interior para impetrar su último descanso. Después debían de tomar alguna droga, se agrupaban por última vez alrededor del difunto y morían voluntariamente, para así seguir sirviéndole en otra existencia.

Durante dos siglos los habitantes de Ur habían enterrado a sus personajes de calidad en esas tumbas. Al abrir la más profunda y la última, ¡los in-

investigadores del siglo XX tenían ante sí la imagen de lo que aconteció en el año 2800 a.C.!

En nuevos trabajos, Woolley quiere saber si debajo de la última tumba real el terreno puede aún dar lugar a descubrimientos en una próxima campaña de explotación. Una vez separado el enlosado de las tumbas, un par de paletadas dan a comprender que por debajo aún siguen las capas de escombros. ¿Cuándo aparecerán en el fondo de la colina, sobre la roca viva y el terreno virgen los restos del primer establecimiento humano? Woolley hace cavar pozos y comprueba personalmente la naturaleza de los materiales que se van extrayendo. Casi en seguida se realizan nuevos descubrimientos que confirman las suposiciones; directamente debajo del suelo de una de las tumbas reales y en un montón de cenizas de madera quemada se encuentran numerosas tablillas de barro con inscripciones de tipo mucho más antiguo que aquellas que recubrían las tumbas. A juzgar por ellas podían pertenecer al siglo XXX antes de J.C. Eran, pues, seguramente dos siglos más antiguas que las cámaras sepulcrales.

Los pozos van profundizando cada vez más; aparecen nuevas capas con restos de ánforas, vasos y jarrones. El investigador comprueba con extrañeza que la cerámica sigue inalterable. Parece ser de la misma calidad que las piezas halladas en las cámaras reales. Durante dos siglos la civilización de los sumerios no habría realizado progreso alguno digno de mención. En una edad extraordinariamente lejana habría adquirido un alto grado de desarrollo.

Woolley examina cuidadosamente la naturaleza del terreno que se halla en el fondo del pozo y queda perplejo: ¡es lodo, lodo como únicamente puede resultar de la sedimentación de las partículas contenidas en el agua! Pero, ¿de dónde puede proceder el lodo de aquel lugar? Woolley trata de dar una explicación: no puede ser más que el lodo dejado por una inundación, originado por la acumulación de partículas en suspensión en las aguas del Éufrates de otras épocas. Esta etapa debió de depositarse cuando el gran río tenía su delta mucho más al interior del Golfo Pérsico, exactamente como aun sucede junto a la desembocadura, donde la tierra avanza cada año 25 metros dentro del mar. Cuando Ur alcanzó la primera época de su esplendor, el Éufrates debía estar tan cerca que la gran torre se debía de reflejar en sus aguas, y desde la punta de su santuario se debía ver el golfo. Sobre el fondo de lodo del antiguo delta debieron levantarse las primeras casas.

Sin embargo, unas mediciones realizadas sobre el terreno y unos cálculos hechos con mayor precisión, conducen a Woolley a nuevos resultados. «Vi que

estábamos a demasiada altura. Apenas podía aceptarse que la isla en la cual fue construido el primer asentamiento hubiese podido sobresalir tanto del curso del río».

El pozo en el cual comenzaba a aparecer la capa de lodo se halla a muchos metros por encima del nivel del río. Ello demuestra que no pueden ser aluviones depositados por el Éufrates. ¿Qué significaba, pues, aquella capa singular?, ¿cómo se habría producido? Siguen excavando, profundizando el pozo. Los capazos que siguieron, una vez examinados, dan una constatación que ninguno de aquellos hombres hubiera podido soñar. Habían esperado hallar la roca viva, la tierra virgen. Pero lo que se les presenta son cascotes, y más cascotes. Restos del pasado, entre ellos numerosos fragmentos de cerámica. ¡Debajo de una capa de lodo de casi tres metros de espesor se han encontrado nuevamente restos de un asentamiento humano! Tanto el aspecto como la técnica de la cerámica han cambiado por completo. Encima de la capa de lodo las ánforas y las cubetas habían sido evidentemente realizadas al torno; en cambio estas vasijas lo fueron con las manos. Por más cuidadosamente que se examinan los capazos que suben a la superficie del pozo, ante la creciente expectación de los exploradores, no se descubre en ellos resto alguno de metal. La herramienta primitiva que encuentran es de sílex labrado. ¡Herramientas de la Edad de Piedra! ¡Hemos encontrado huellas del Diluvio!

El Diluvio, ésta era la única explicación plausible ante la enorme acumulación de lodo encontrado debajo de la colina de Ur, la cual, evidentemente, separaba dos civilizaciones humanas. El mar había dejado sus inconfundibles huellas en forma de restos de animales marinos mezclados en el lodo. Woolley a 300 metros de distancia del primer pozo hizo abrir otro. Las palas dejaron al descubierto un perfil idéntico: restos de cerámica, capa de lodo, restos de utensilios de barro de fabricación manual. Woolley hace abrir otro pozo en una colina natural, en las capas de restos fragmentados donde había estado edificada la población, es decir, sobre un terreno situado a mayor altura que la capa de lodo.

Poco más o menos, a la misma profundidad que en los otros dos pozos terminan aquí los fragmentos de cerámica fabricados al torno. Inmediatamente debajo sigue la cerámica fabricada a mano. Naturalmente, falta aquí la capa de lodo que les separaba. Aproximadamente a unos 16 pies (5 metros) debajo de un pavimento de ladrillos –escribe Woolley –, que con toda seguridad podríamos adscribir al año 2700 antes de J.C., estábamos en las ruinas de aquella Ur que había existido antes del Diluvio.

¿Hasta dónde se extendía la capa de lodo? ¿Cuáles fueron los territorios afectados por la catástrofe? Una investigación en regla, siguiendo las huellas del gran río, se practica en otros lugares de Mesopotamia meridional. Otros arqueólogos descubren un nuevo e importante punto de referencia en Kiroch, al nordeste de la antigua Babilonia, allí donde el Éufrates y el Tigris, describiendo grandes curvas, se acercan uno a otro. Asimismo dan con una capa formada por aluviones, pero aquí sólo tiene medio metro de espesor. Mediante catas se llega a determinar poco a poco la extensión que alcanzaron las aguas. Según la opinión de Woolley, la catástrofe, al noroeste del Golfo Pérsico, cubrió una extensión de 630 Kilómetros de longitud por 160 Kilómetros de anchura. Al contemplar el mapa se saca la impresión de que solo fue, según diríamos hoy, un «suceso local», pero para los habitantes de la cuenca de esos ríos fue todo su mundo.

Después de incontables investigaciones y pruebas realizadas sin un resultado positivo, hacía tiempo que se había desechado la posibilidad de descifrar el misterioso enigma del Diluvio que parecía haber tenido lugar en tiempos tan inmensamente lejanos que el hombre jamás podría alcanzar. Pero los incansables y certeros trabajos llevados a cabo por Woolley y sus colaboradores pusieron al descubierto un hecho de gran importancia para los científicos: una inundación catastrófica que recuerda el Diluvio mencionado había ocurrido en realidad y había ocurrido en una época histórica susceptible de ser determinada.

A los pies de la vieja torre escalonada de los sumerios, en Ur, en el curso inferior del Éufrates, se podía bajar por una escalera al interior de un pozo y observar los restos dejados por una inundación catastrófica –una capa de lodo de casi tres metros de espesor– y hasta tocarla con la mano. Y por la edad de las capas formadas por los restos dejados por los pobladores de aquellos territorios en los cuales, como en un calendario, podía leerse el tiempo, resultaba posible determinar cuándo tuvo lugar la grandiosa inundación: ¡aconteció 4000 años a. C.!

De los 5 pozos de Woolley, solo 2 indicaban depósitos aluviales. La inundación de Ur no produjo el abandono de la población, ni siquiera dejó tras de sí una laguna poblacional. Aunque se encontraron huellas de inundación en otros lugares de Mesopotamia, por ejemplo en Babilonia, como ya hemos dicho, y en Farah (Suruppak), en Nínive y en Uruk, no obstante, faltan rastros donde debería haberlos si de verdad toda Mesopotamia hubiera sido inundada. También en su cronología se diferencian notablemente las huellas de inunda-

ción en los diferentes lugares de excavación. Pertenecen a períodos completamente diferentes. Entre ellos median siglos. Es este un dato bastante importante para ser el «Diluvio bíblico», a no ser que supongamos que una de las inundaciones catastróficas comprobadas arqueológicamente impresionara de tal manera a los habitantes de Mesopotamia que hubiera dado origen a la tradición de una catástrofe mundial. Pero, naturalmente, esto es solo una suposición, y el Diluvio bíblico, en todo caso una inundación de la magnitud de la que se describe en la Biblia, continúa sin una «confirmación arqueológica».

Y continúa en pie la pregunta: las diferentes descripciones del «Diluvio», que existen en prácticamente todas las partes del mundo, ¿es que solo pintan la experiencia vivida en Ur por el hombre, relacionándola con el fenómeno «inundación catastrófica»? ¿Es que todas las descripciones de catástrofes transmitidas por la tradición no son más que leyendas originadas de la «mayor inundación de todas las inundaciones»?

La estrella de Belén

En 1954 Suecia fue invadida por expertos del cielo estrellado. Hombres de ciencia de todo el mundo acudieron a los países escandinavos con el fin de observar un eclipse de sol. Al acudir los sabios procedentes del Oriente a Palestina, ¿puede haberse tratado de algo parecido?

Desde hace muchos siglos el relato del evangelista san Mateo relativo a la estrella del Mesías ha ocupado más y más la fantasía de las gentes. Tanto los profanos como los expertos se dedicaron a este tema llenando páginas y más páginas de literatura. La «estrella de Belén» ha sido atribuida a todos cuantos astros cruzan la bóveda celeste y a muchos más, imaginados por la fantasía.

Que se trató de una aparición sidérea de clase muy extraordinaria se deduce claramente del texto bíblico. Cuando se trata de fenómenos celestes es competencia de los astrónomos dilucidar su origen y de ellos es de quienes puede esperarse una aclaración y acuerdo con los conocimientos modernos. Si se supone que fue una repentina aparición en el firmamento solo puede darse, exceptuando a los bólidos, dos posibilidades: se trata de un cometa o se trata de una estrella nueva, lo que los científicos llaman «nova».

Semejantes suposiciones fueron ya hechas hace siglos. Así, el escritor Orígenes, que vivió hacia el año 200 en Alejandría, escribió: «Soy de opinión de que la estrella que se apareció a los Magos en las tierras de Oriente, fue una

estrella nueva que no tenía nada que ver con las que se nos muestran en la bóveda celeste o en las capas inferiores de la atmósfera. Seguramente pertenece a la clase de los astros que, de tiempo en tiempo, acostumbran aparecer en el aire y que los griegos, que suelen diferenciarlos dándoles nombres que hacen referencia a su configuración, les designan unas veces con el nombre de cometas, viguetas ígneas, estrellas con cola, toneles, o con otros muchos nombres».

Los cometas con sus colas, que a veces se extienden hasta cubrir una mitad de la bóveda celeste, han conmovido profundamente y siempre los ánimos de las gentes. Eran considerados como presagios de acontecimientos especiales. No es, pues, de admirar que este espectáculo, el más bello de todos los fenómenos celestes, se relacionase con la estrella de los Magos de Oriente. Los artistas se dedicaron a representar ese bello motivo; en muchos de los belenes, tan populares en ciertos países, representando el nacimiento del niño Jesús, aparece sobre el portal de Belén un resplandeciente cometa.

Las excavaciones y los hallazgos de escrituras han proporcionado un cuantioso material relativo a los fenómenos astronómicos acaecidos en los pasados milenios. Existen dibujos y observaciones procedentes de los griegos, de los romanos, babilonios, egipcios y chinos.

Después del asesinato de César, a poco de los idus (en el antiguo cómputo romano, el día 15 de marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 de los demás meses) del mes de marzo del año 44 antes de J.C., apareció un brillante cometa. En el año 17 de nuestra era apareció también de repente otro cometa con una magnífica cola, que, en los países mediterráneos, pudo observarse durante toda una noche. El siguiente cometa de importancia apareció en el año 66, poco antes del suicidio de Nerón.

En el intermedio existe un relato de mucha precisión procedente de los astrónomos chinos. En la enciclopedia Wen-hien-thung-khao del sabio chino Matuanlin, se dice sobre dicha aparición: «en los primeros años del emperador Yven-yen, en el séptimo mes, el día Sin-uei (2 de agosto), fue visto un cometa en la parte del cielo Tung-tsing (cerca de Mu de los Gemelos). Se desplazó sobre los U-Tschui-Heu (Gemelos), salió de entre Ho-su (Cástor y Pólux) y emprendió su carrera hacia el Norte y penetró en el grupo Hien-yuen (Cabeza de León) y en la casa Thaiouei (Cola del León)... En el 56º día desapareció en el Dragón Azul (Escorpión)». En conjunto, el cometa fue observado durante 63 días.

El detallado relato de la antigua China contiene la primera descripción del célebre cometa de Halley, aquel magnífico astro con su vistosa cola que se acerca cada 76 años a las proximidades del Sol. Por última vez apareció en los años del 1909 al 1911. En el año 1986 volvió a gozar la Tierra del raro espectáculo. Pues recorre puntualmente su órbita a través del espacio. Pero no es siempre, ni en todas partes, visible con la misma intensidad. Así, en el año 12 a.C. constituyó un acontecimiento celeste y fue visible con todo detalle. En cambio, ni en los países del Mediterráneo, ni en Mesopotamia, ni en Egipto se hace, en aquella época, mención alguna de un cuerpo celeste tan luminoso e impresionante.

Lo mismo puede decirse de las «estrellas nuevas». Estas «nuevas» son astros que, debido a una explosión atómica, liberan repentinamente grandes masas de materia. Su luminosidad, sobrepusando al brillo de todas las demás estrellas, es tan extraordinaria, tan fuera de lo acostumbrado, que casi siempre se habla de ellas.

En la época del cambio de la era, solo por dos veces se habla del incendio de una nueva estrella. Esto ocurrió el año 134 a.C., y el año 173 de la era cristiana. Ninguna de las antiguas fuentes de información ni tradición alguna menciona, ni la presencia de un cometa, ni la presencia de una «nueva» observada en el año o en la cuenca del Mediterráneo.

Poco antes de la Navidad, el 17 de diciembre de 1603, el matemático imperial y astrónomo de la corte Juan Kepler estaba sentado en plena noche en el Hradschin de Praga, sobre el río Moldava, observando la aproximación de dos planetas. Este fenómeno se designa por los astrónomos con el nombre de «conjunción», palabra que sirve para indicar que dos planetas se hallan situados en el mismo grado de longitud. A veces, los planetas se acercan tanto que pueden llegar a parecer una sola estrella de gran luminosidad. Aquella noche, Saturno y Júpiter se dieron cita en la constelación de los Peces.

Al volver a calcular sus posiciones Kepler descubre, de repente, un relato del rabino Abravanel que da pormenores sobre una extraordinaria influencia que los astrólogos judíos atribuían a la misma constelación. El Mesías tendría que venir durante una conjunción de Saturno y Júpiter en la constelación de los Peces. La conjunción ocurrida en la época del natalicio de Jesús, ¿habría sido la misma que Kepler estaba observando en el año 1603? ¿Es que esta conjunción habría anunciado la venida de la verdadera «estrella de Belén»? ¿o

era ella misma la «estrella de la Navidad», como afirmaron otros basándose también en Kepler?

Kepler hizo sus cálculos y los repitió varias veces. Era científico y seudocientífico, astrónomo y astrólogo, adherido a aquella enseñanza que ya el codex Justinianus había considerado equivalente, en cuanto a penalidad, al crimen de envenenador. El resultado de sus cálculos fue la observación de una triple conjunción dentro de un mismo año. El cálculo astronómico señaló para la fecha de este fenómeno el año 7 a.C. Según las tablas astrológicas, tuvo que haber ocurrido el año 6 a.C. Kepler se decidió por el año 6 y remitió la concepción de María al año 7 de la era cristiana.

Kepler dio a conocer su fascinante descubrimiento en una porción de libros. Pero este esclarecido genio y descubridor de las leyes relativas a los planetas, designadas con su nombre (leyes de Kepler), acabó por dedicarse casi exclusivamente a la mística. Como consecuencia de ello, la hipótesis de Kepler fue desechada durante mucho tiempo hasta que, por fin, cayó en el olvido. Solo en el signo XIX los astrónomos se acordaron de ella de nuevo.

En 1925 el erudito alemán P. Achnabel descifró unos trazos cuneiformes procedentes de un célebre Instituto técnico de la antigua escuela de astrología de Sippar, en Babilonia. Entre interminables hileras de datos escuetos relativos a observaciones, se encuentra una noticia sobre la situación de los planetas en la constelación de los Peces, Júpiter y Saturno, cuidadosamente indicados durante un período de cinco meses. ¡Y esto ocurre, referido a nuestro cómputo, en el año 7 antes del nacimiento de Cristo!

Los arqueólogos y los historiadores tienen que reconstruir pacientemente la imagen de una época mediante la observación de documentos y de restos de edificios, estudiando los hallazgos realizados en las excavaciones, acoplando los fragmentos y los restos. Para el astrónomo moderno la misión resulta más fácil. Puede volver atrás a voluntad el reloj del mundo; en el Planetarium le es dado ajustar el cielo estrellado tal como estaba algunos milenios atrás, en cualquier año, en cualquier mes, y hasta, con toda precisión, en un determinado día. De igual manera puede precisar la situación de los planetas en la bóveda celeste.

En el año 7 antes de nuestra era hubo, en efecto, una conjunción de Júpiter y de Saturno en la constelación de los Peces, y precisamente, según calculó Kepler, tuvo lugar tres veces consecutivas. Los cálculos matemáticos prueban

que esa triple conjunción de los planetas debió de ser visible en condiciones muy favorables desde el espacio del Mediterráneo.

La efemérides de los encuentros planetarios aparece de la siguiente manera en los sobrios datos facilitados por los modernos cálculos astronómicos:

Hacia el final del mes de febrero del año 7 a.C., atravesaba el firmamento la citada constelación. Júpiter pasó de la constelación Acuario para encontrar a Saturno en la constelación de los Peces, su luz los ocultaba. El 12 de abril ambos planetas efectuaban su orto helíaco a una distancia de 8 grados de longitud en la constelación de los Peces. «Orto helíaco» es como se designa por el astrónomo la primera salida de un astro en el crepúsculo matutino. El 29 de mayo tuvo lugar, visible durante dos buenas horas en el cielo de la mañana, la primera aproximación, con una diferencia de cero grados de longitud, y 0,9 grados de latitud a los 21 grados en dicha constelación.

La segunda conjunción tuvo lugar el 3 de octubre a los 18 grados en la constelación de Peces. El 4 de diciembre fue visible, por tercera y última vez, la aproximación de los planetas Júpiter y Saturno. Esta vez a los 16 grados en la propia constelación de los Peces. A fines de enero del año 6 antes de J.C., el planeta Júpiter pasó de la constelación de los Peces a la del Carnero.

«Hemos visto su estrella en el Oriente» (Mt 2,2), se dice en la traducción, poniendo esta frase en boca de los Magos. Los críticos entendidos en los textos sagrados descubrieron que, en el original, las palabras «en el Oriente» suenan así «en tae anatolae», es decir, en singular; en otro lugar el concepto de «oriente» se expresa «anatolai», es decir, en plural. A la forma singular «anatolae» se le atribuye astronómicamente una especial circunstancia, dado que con ello se entiende la salida temprana de los astros, es decir, el llamado orto helíaco.

Prosiguiendo en esta crítica del texto, la traducción, para ser clara según el lenguaje técnico de los expertos, es decir, de los astrónomos, tendría que ser ésta: «Hemos visto aparecer su estrella en los resplandores del crepúsculo». Así habría correspondido exactamente a las circunstancias astronómicas en el caso de que (y esta es, naturalmente la pregunta que queda planteada) la constelación de la que se habla fuera verdaderamente la «estrella de los Magos», la «estrella de Belén», «la estrella de Navidad». Pero quizá puedan ayudarnos las siguientes consideraciones.

Pero, ¿por qué, entonces, la marcha de los Magos hacia Palestina, siendo así que el fenómeno era también visible en Babilonia?

Los observadores del cielo en Oriente, como astrólogos que eran atribuían a cada estrella un significado especial. Según la opinión predominante en Caldea, la constelación de los Peces era el Signo de la Tierra en occidente, de las tierras del Mediterráneo; según la tradición judía era el signo de Israel, el signo del Mesías. La constelación de los Peces está al final de una vieja trayectoria del Sol y al principio de una nueva. ¡Nada más propio para considerar aquel signo como el fin de una era y el principio de otra!

Júpiter era considerado por todos los pueblos y en todos los tiempos como la estrella de la fortuna y la realeza. Según las antiguas tradiciones de los judíos, Saturno tenía que proteger a Israel; Tácito lo pone al mismo nivel que al Dios de los judíos. La Astrología babilónica considera al planeta del anillo como estrella especial de los vecinos países de Siria y Palestina.

Desde Nabucodonosor muchos millares de judíos vivían en Babilonia. Muchos de entre ellos pueden haber realizado sus estudios en la Escuela Astrológica de Sippar. Una aproximación tan esplendente de Júpiter y Saturno, el protector del pueblo de Israel, en la constelación del «País de Occidente», del Mesías, tiene que haber conmovido a los astrólogos judíos. Pues según la interpretación astrológica significaba la aparición de un rey poderoso en la Tierra de Occidente, en la tierra de sus padres. ¡Asistir a ello, verlo con sus propios ojos, este fue el motivo del viaje de los Magos, concedores de las estrellas, procedentes del Oriente!

El 29 de mayo del año 7 antes de Cristo observaron el primer acercamiento de ambos planetas desde la azotea de la escuela de Astrología de Sippar. En esta época, en el País de los dos Ríos hace ya un calor insoportable. El verano no es tiempo para emprender largos y fatigosos viajes. Además, sabían que la conjunción volvería a reproducirse el 3 de octubre. Así como calculaban los eclipses de Sol y de Luna, podían calcular anticipadamente la situación que ocuparía la citada constelación. Teniendo en cuenta que el 3 de octubre se celebraba la festividad judía de la Reconciliación debieron considerarla como aviso, emprendiendo por aquellos días su viaje. Si se calcula un mes y medio como duración de este siguiendo las rutas de las caravanas, y a pesar del medio más rápido de transporte que representaba el uso de los camellos, debía de ser larga. Si se calcula un mes y medio como duración aproximada, los Magos debieron llegar a Jerusalén a fines del mes de Noviembre.

«¿Dónde está el Rey de los Judíos que nació? Pues vimos su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él» (Mt 2,2-3).

Para los conocedores de las estrellas del País de Oriente esta tenía que ser la primera y lógica pregunta; y esta sencilla pregunta es natural que produjera pánico, en Jerusalén, dado que en la Ciudad Santa nada se sabía de las escuelas de astrología. Herodes, el odiado tirano tuvo miedo. El anuncio de que nacía un rey le hizo temer que era llegado el término de su soberanía. En cambio, el pueblo sintió un estremecimiento de alegría. Aproximadamente un año después de la conjunción de los planetas en la citada constelación de los Peces se despertó un fuerte movimiento en pro del Mesías. El historiador judío Flavio Josefo explica que por aquel tiempo se esperaba el anuncio por medio de una señal divina del advenimiento de un soberano judío. Herodes, que había sido nombrado por los romanos, no era en realidad sino un idumeo.

Herodes no titubeó: «Reunió a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías». Estos se pusieron a estudiar los viejos textos sagrados de su pueblo y encontraron la indicación en el libro del profeta Miqueas, que setecientos años antes había vivido en el reino de Judá: «Mas tú, Belén de Éfrata, eres pequeña para figurar entre las regiones de Judá; de ti me saldrá quien ha de ser dominador de Israel...» (Miq 5,1).

En el camino de Hebrón, a unos 7 kilómetros de Jerusalén, se halla situada la aldea de Bet-Lahim, el antiguo Belén de Judá. La vieja senda que en su tiempo había sido ya recorrida por Abrahám, lleva casi exactamente de Norte a Sur. En su tercera conjunción los planetas Júpiter y Saturno se unieron en tal forma que parecían formar una sola estrella. En el crepúsculo vespertino en dirección Sur de manera tal, que los Magos de Oriente, en la ruta que seguían desde Jerusalén a Belén, siempre tenían a la estrella ante sus ojos. La estrella iba, en efecto, tal como dice el Evangelio, precediéndoles.

La cristiandad celebra la fiesta de Navidad del 24 al 25 de diciembre. Astrónomos, historiadores y teólogos han llegado, entre tanto, a la conclusión de que el 25 de diciembre del año uno no es la fecha auténtica del nacimiento de Jesucristo, ni por lo que hace referencia al año ni al día. Responsables de ello son algunos errores y equivocaciones de cálculo cometidos por el monje escita Dionisio el Exiguo. Vivía en Roma y en el año 533 recibió el encargo de determinar cuál debía ser el principio de la nueva era. Olvidó tener en cuenta el año

cero que debía ser intercalado entre el año uno antes y el año primero después de Xto. Además dejó de contar los cuatro años en que el emperador romano Augusto había reinado bajo su propio nombre, Octavio.

El relato bíblico contiene una indicación expresa: «Nacido Jesús en Belén de la Judea en los días de Herodes el rey...» (Mt 2,1). Quién era Herodes, cuándo vivió y cuándo reinó se sabe por numerosas fuentes de información de aquella época. Herodes fue nombrado por Roma rey de Judea el año 40 a. C. Su reinado terminó con su muerte el año 4 antes de la era cristiana. Jesús, por tanto, tuvo que haber nacido antes de dicho año, si nos atenemos a la cita de san Mateo.

El día 25 de diciembre es mencionado por primera vez como festividad de Navidad en el año 354. Bajo el emperador romano Justiniano fue reconocido legalmente como día festivo. En la elección de este día desempeñó un papel preponderante una festividad de la antigua Roma. En esta urbe el 25 de diciembre era el «dies natalis invicti», el «día del nacimiento del jamás vencido», el día del solsticio de invierno y además, en Roma, el último día de las «Saturnales», que hacía tiempo habían degenerado en un carnaval, consistente en una semana de desenfreno y por tanto, en un tiempo en que los cristianos podían sentirse más seguros de no ser perseguidos.

Además de los historiadores y de los astrónomos les correspondería también a los meteorólogos dar su opinión al fijar la fecha del nacimiento de Jesús. Según el evangelio de san Lucas «... había unos pastores en aquella misma comarca que pernoctaban al raso y velaban por turno para guardar sus ganados» (Lc 2,8).

Los meteorólogos han realizado medidas exactas de la temperatura en Hebrón. Esta localidad, situada al sur de las montañas de Judá, tiene el mismo clima que la cercana Belén. La curva de la temperatura ofrece heladas en tres meses: en diciembre, 2,8° bajo cero; en enero, 1,6° bajo cero, y en febrero, 0,1° bajo cero. Los dos primeros meses ofrecen, al propio tiempo, las precipitaciones más altas del año: 147 milímetros en diciembre y 187 milímetros en enero. Según los resultados de las investigaciones hasta el día realizadas, el clima de Palestina no ha sufrido modificación sensible durante los últimos 2.000 años, de manera que los datos meteorológicos modernos pueden servir de base.

Alrededor de la época en que celebramos las Navidades los rebaños permanecían en Palestina en los establos, y, con ellos, los pastores.

El relato del evangelio de san Lucas habla, por tanto, del nacimiento de Jesús antes de la entrada del invierno y la mención de la brillante estrella que se hacen el Evangelio de san Mateo se refiere al año 7 antes de la era cristiana.

En los últimos tiempos han aparecido varias publicaciones que han tenido una importante repercusión, a pesar de que no procedían de la pluma de «científicos» bíblicos acreditados. No podemos eludirlas aquí ya que, en parte, se trata de recopilaciones de material estudiadas con una profundidad extraordinaria y que, además, exponen los puntos de vista de los técnicos en la materia con absoluta fidelidad. No es que tales escritos sacaran a la luz nuevos datos, pero sí situaron el material ya conocido bajo un nuevo punto de vista en parte. En el fondo, este «otro» punto de vista tampoco es nuevo. Más bien ya hace tiempo que los expertos hablan de él. Pero el hecho de que las mencionadas publicaciones lo divulgaran es para nosotros otro motivo importante para no dejar en el silencio tales publicaciones.

Lo que puede ser verdaderamente nuevo para algunos es que el mismo Kepler no considerara a la conjunción calculada por él de los planetas Mercurio, Júpiter y Saturno como la verdadera «estrella» de Belén, sino simplemente como una precursora de ella. Él por su parte, creía, pues, firmemente que Jesús nació más tarde (no en el año 7 o antes de nuestra era). Y, naturalmente, nadie nos garantiza que el fenómeno calculado por Kepler y observado ya en tiempos de Jesús en Babilonia se refiera concretamente a Jesús. Todo lo demás que puede deducirse del mencionado fenómeno y del hecho de que, evidentemente, también fue observado en el País de los ríos y lo que de ello se dedujo, por muy ingenioso que sea, es sólo una especulación que en sí misma no posee ninguna fuerza demostrativa, sino, que al contrario, necesitaría una prueba para que pudiera ser considerada como cierta.

Pues, aquí está, ahora como antes, el problema del «censo» que menciona san Lucas en 2,1-5, que se sitúa en el año 6/7 después de nuestra era (pero con la restricción de que en este año no tuvo lugar ningún empadronamiento general, como afirma san Lucas, sino simplemente un censo provincial).

Debido a todos estos datos y consideraciones, actualmente se adopta una posición mucho más cautelosa, acerca de la fecha del nacimiento de Jesús que hace sólo unos años. Podría situarse en el periodo comprendido entre el 7 a.C. (en el caso de que la conjunción de los planetas calculada por Kepler pudiera de algún modo relacionarse con el nacimiento de Jesús) y el 7 después de nuestra era (si se relaciona con el censo de Quirino). Jesús pudo nacer en

uno cualquiera de los años comprendidos entre estas dos fechas. Pero hoy por hoy no puede decirse nada más concreto...

Hay un dato curioso: hacia el final del reinado de Herodes, aproximadamente hacia el año 6 a.C., se agudizó una lucha mesiánica entre Herodes, que se consideraba a sí mismo como una especie de Mesías, y los fariseos, que tenían del Mesías una idea muy diferente; hasta tal punto que los fariseos pronosticaron el próximo fin de Herodes, por lo cual éste mandó ejecutar a sus jefes. Esto ocurría más o menos en el tiempo de la conjunción de los planetas calculada por Kepler. Naturalmente, no sabemos si en el país había astrólogos que dieran a esta conjunción una significación mesiánica, y si esto –entre otras cosas– fue lo que encendió los ánimos. Pero sería una posibilidad. También sería posible que la conducta de Herodes frente a sus rivales en esta lucha mesiánica diera lugar a que el evangelista san Mateo describiera a Herodes como perseguidor acérrimo del Mesías, hasta el punto de no retroceder ni siquiera ante la matanza de los niños de Belén (Mt 2,16).